



La capilla del hermano Klaus

Quien se acerque a Wachendorf, a 15 kilómetros al oeste de Bonn, se topará sin dificultad con un misterioso monolito descollando entre los sembrados que circundan esta pequeña localidad agrícola. Su apariencia evocaría a la de una de esas torres medievales que, aisladas en los confines de un feudo, oteaban el horizonte en busca de huestes enemigas. Pero a diferencia de uno de estos *Wachttürme* (en alemán, 'torre de vigilancia'), no hay huecos en las cinco caras verticales del esbelto volumen de aspecto terroso – tan solo en la base una puerta de acero extrañamente triangular denota, no sin ambigüedad, la existencia de un interior.

La extrañeza se acentúa al saber que se trata de un santuario erigido recientemente por encargo de una pareja de agricultores locales para honrar al hermano Klaus, un santo católico suizo que vivió en el siglo XV. Y aquélla se convierte en admiración al comprobar que las modestas dimensiones del edificio atesoran la sensibilidad y el virtuosismo constructivo de uno de los grandes arquitectos contemporáneos, el suizo Peter Zumthor. Una vez franqueado el umbral anguloso de su entrada, el espacio que nos envuelve despierta asociaciones muy diversas: una minúscula cueva de paredes inclinadas y sinuosas, desproporcionadamente altas, cuya superficie negruzca está enteramente recorrida por rugosas acanaladuras verticales. Éstas convergen hacia un único óculo en la coronación, con forma de lágrima, a través del que entra la luz, el aire, también la lluvia. No hay más mobiliario que un pequeño banco para descanso del peregrino; como único ornamento, una pequeña rueda de seis radios, emblema del santo helvético.



Éste, Nicolás de Flüe (1417-1487), era una persona notable en el cantón de Oberwalden, donde además de agricultor y padre de diez hijos, llegaría a ser capitán del ejército y posteriormente concejal y juez. Persona de un gran misticismo desde su juventud, a los 50 años lo abandonó todo (se suele añadir que con el consentimiento de su valiente esposa) para convertirse en ermitaño y asceta hasta su muerte, el mismo día que cumplía 70 años.

En los orígenes de la capilla de Wachendorf, se suceden una serie de coincidencias tan improbables como afortunadas: al parecer, en 1998 el matrimonio formado por Hermann-Josef y Trudel Scheidtweiler supo que un arquitecto suizo había sido elegido para construir el museo diocesano Columba, en la vecina Colonia. Zumthor no había recibido aún el prestigioso premio Pritzker y aunque ya gozaba de renombre, no era tan conocido como ahora. Devotos del hermano Klaus, a cuyo santuario original en Sachseln habían peregrinado, y decididos a honrarle construyendo una pequeña capilla en suelo alemán, los Scheidtweiler debieron interpretar la presencia del grisón en Renania del Norte como una señal, ofreciéndole el singular encargo – y a fe que no se equivocaron. La inusual idea de la pareja cayó en gracia a Zumthor, pues resultó que este san Nicolás era el santo de cabecera de su propia madre, de modo que no solo aceptó el envite, sino que renunció incluso a sus generalmente elevados honorarios - a cambio, eso sí, del control absoluto sobre el proyecto y la obra.

Como sucede en sus mejores obras, la capilla es el resultado de una concienzuda indagación sobre una técnica constructiva, que Zumthor revisa desde una óptica actual para alcanzar nuevas cotas de refinamiento y expresividad. En este caso el suizo decidió emplear como único material el cemento vertido en masa – una técnica propia de la Roma imperial, hoy en desuso. Así, dentro de la planta poligonal del prisma que vemos desde el exterior, se construyó una especie de cabaña formada por más de 120 troncos de abeto apuntalados entre sí, de tal modo que sirviesen de molde interior al verter el hormigón. Con la ayuda de un sencillo encofrado deslizante para las caras exteriores, se vertió el cemento en 22 capas hasta completar los 12 metros de altura del prisma. Finalmente, endurecido el hormigón, el edificio se convertiría por una única vez en horno de carbón vegetal en las semanas previas a su sacralización. Ardió así completamente la madera del interior, dejando la huella indeleble de las acanaladuras y el tono negro de las paredes, en un acto inusitado de poesía arquitectónica en el que el fuego simboliza la purificación del alma a través de la fe.

Desde su apertura la capilla se ha convertido en lugar de peregrinación, tanto para los devotos del hermano Klaus como para los de la arquitectura contemporánea, que son legión. Hasta tal punto, que se hizo necesario un proyecto específico que ordenase a posteriori los accesos a la capilla, de modo que el trasiego de vehículos no traicione su inspiración eremita.